

Chamanismo: Estética de existencia

William Torres C.

Homenaje a Michel Foucault

Hoy la vida se encuentra deshilvanada, estuprada por el drama y la ironía. El chamanismo, ese arte de saber protagónico, se encuentra lanzando destellos desde lejanos espacios para invitar a vivir. Su modo de acción es una estética de existencia en la plenitud de embriagarse de universo, de cosmos. Es una senda de seducción plena de humos. Tomar su senda, es abrirse caminos por los espacios del nomadismo para conjurar la sedentarización, y en él, hacer de la vida una obra de arte: una aventura ética. El chamanismo es *éthos*, es práctica etológica de un modo de existencia en el que se hilvana la crueldad y la tragedia de experimentar el vivir. Hoy es preciso chamanizar la vida.

El texto que a continuación se prepara, es un sencillo homenaje a la memoria de un hombre de conocimiento: Michel Foucault. Su vida se activó en el filosofar, en el pensar nuestra cultura y nuestro modo de existencia para gestar una antología del presente.

Realizar un homenaje a un hombre de conocimiento, a un filósofo, no puede ser ni repetirlo, ni interpretarlo. El mejor homenaje que se le puede donar es dar continuidad a su investigación, así sólo sea un breve paso en las posibilidades investigativas que él nos brindó. Partiré de dos fragmentos de su texto **Tecnología del yo** (1988) para presentar algunas consideraciones respecto al saber chamanístico con relación al tema del "cuidado de sí".

1. "El precepto **epimelesthai¹ sautou**", "ocuparse de uno mismo" era, para los griegos, uno de los principales principios de las ciudades, una de las reglas más importantes para la conducta social y personal, y para el arte de la vida. A nosotros, esta noción se nos ha vuelto más bien oscura y desdibujada. Cuando se pregunta cuál es el principio moral más importante en la filosofía antigua, la respuesta inmediata no es "cuidarse de sí mismo", sino el principio délfico **gnoth sauton** ("conócete a ti mismo").

(...) "Conócete a ti mismo" quería decir. "No supongas que eres un dios".

2. "Existen varias razones por las cuales el "conócete a ti mismo" ha oscurecido el "cuídate a ti mismo"². En primer lugar, ha habido una profunda transformación en los principios morales de la sociedad occidental. Nos resulta difícil fundar una moralidad rigurosa y principios austeros en el precepto que debemos ocuparnos de nosotros mismos más que de ninguna otra cosa en el mundo. Nos inclinamos más bien a considerar el cuidarnos como una inmoralidad y una forma de escapar a toda posible regla. Hemos heredado la tradición de moralidad cristiana que convierte la renuncia de sí en principio de salvación. Conocerse a sí mismo era paradójicamente la manera de renunciar a sí mismo".

Este renunciar al cuidado de sí estaba preceptado por el oráculo apolíneo de Delfos. La Pitia saludaba a los consultantes diciéndoles: "conócete a ti mismo". Era una inscripción del templo de Apolo en Delfos, que los antiguos atribuyeron a alguno de los "siete sabios". "No demasiado", era una inscripción en el mismo templo.

Cuando se preguntó al oráculo de Delfos: "¿quién es el hombre más sabio?". Respondió sin vacilar: "Sócrates descifró la consigna del oráculo apolíneo, 'conócete a ti mismo' quiere decir 'conocer el límite del ser humano y aplicarse a él sin sobrepasarlo', 'no suponer que eres un dios', 'no te atrevas a sobrepasar los límites de tu propia naturaleza'." Por esto, Nietzsche³: "Apolo, en cuanto divinidad ética, exige

1 Epimelesthai "El cuidado de sí", "La preocupación por sí", "el sentirse preocupado, inquieto por sí".

2 Michel Foucault. **Tecnología del yo** (1988), p.50 y 54. Traducción del inglés por Mercedes Allender Salazar. Barcelona: Paidós, 1990.

3 Federico Nietzsche. **El nacimiento de la tragedia** 4, p.58-59. Traducción del alemán por Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 1973.

mesura a los suyos, y, para poder mantenerla, exige conocimiento de sí mismo. Y así, la exigencia del 'conócete a ti mismo' y de 'no demasiado' marcha paralela a la necesidad estética de la belleza, mientras que la autopresunción y la desmesura fueron reputadas como los demonios propiamente hostiles, peculiares de la esfera no-apolínea, y por ello como cualidades propias de la época pre-apolínea, la edad de los titanes, y del mundo extra-apolíneo, es decir el mundo de los bárbaros(...) "titánico" y "bárbaro" parecía al griego apolíneo también el efecto producido por lo **dionisíco**". Lo dionisíco es la desmesura. "La **desmesura** se desveló como verdad, la contradicción, la delicia nacida de los dolores hablaron acerca de sí desde el corazón de la naturaleza".

Hablar acerca de sí desde el corazón de la naturaleza, es la traza del "cuidado de sí". La del "conócete a ti mismo" es la traza que prescribe el primado del **yo**, del "yo pienso", del principio de identidad. El "conócete a ti mismo" dará lugar al drama enunciativo del teatro y a la ironía filosófica-pedagógica de Sócrates. La traza del "cuidado de sí" es una estética de existencia que no se activa en el cuidado de la bella apariencia, no activa la primacía del **yo**, del "yo pienso", del principio de identidad. La traza del "cuidado de sí" activa el olvido, el olvido del yo, el olvido de la historia personal, tal como recomienda don Juan Matus -el brujo yaqui-tolteca-. La traza del "cuidado de sí" activa una estética de la existencia en transcurros de la crueldad y lo trágico: es *éthos*, es práctica etológica en la experimentación del vivir.

El precepto del "cuidado de sí" se activa en el *éthos*, en la práctica etológica del chamanismo. Don Juan Matus prescribe cuatro **enemigos** de los cuales ha de cuidarse un hombre de conocimientos: el miedo, la claridad, el poder y la vejez. El abuelo Oscar Román, chamán uítoto de la amazonia colombiana, prescribe cinco **enfermedades** de las cuales ha de cuidarse un hombre de saber chamán: la tristeza, el miedo, la rabia, la pereza y la envidia. En estas dos series de prescripciones se puede precisar el *éthos* del arte de la vida. Las dos series configuran una etología del chamanismo como un modo de existencia, una estética del vivir por fuera de la bella apariencia del "conócete a ti mismo". Conjurar los enemigos y las enfermedades de un hombre de conocimiento es potenciarse en un devenir-guerrero.

El abuelo Oscar Román, chamán uítoto de la gente enokayi ("mafafa roja"), quien habita en la comunidad de Araracuara, en el curso medio

del río Caquetá, enseña la importancia de guerrear contra las enfermedades que impiden aprender el saber y que impiden aprender a vivir. El poder de afección de las enfermedades impregna de anormalidades al espíritu del chamán, atrapándolo en una identidad maléfica en la cual, no sólo se es afectado por esas fuerzas negativas, puesto que al poseer al cuerpo, éste afectará por contagio a otros. Estas fuerzas de anormalidad existen en el universo y pueden afectar al cuerpo en cualquier momento. Por ello, el abuelo Oscar recomienda la actitud guerrera de **"no dormir"**. No dormir, ni en el sueño ni en la vigilia, es una de las principales potencias que se deben activar en el cuerpo para el aprendizaje chamista. No dormir es así mismo un concepto fundamental del chamanismo. Quien se duerme, tanto en el sueño como en la vigilia, propicia el descuido de su modo de existencia y permite que su voluntad de potencia se debilite y acabe. Dormirse es la fuerza negativa que destruye el cuidado de sí. Quien anda dormido, descuida su *éthos* y puede ser poseído por alguna de las cinco enfermedades o por todas.

La más antigua de todas las enfermedades es la tristeza. Es más antigua que el universo. Cuando **Kai Mo**⁴, el padre creador, aún no había creado el universo y existía sólo rodeado de vacío, lo agobió una profunda tristeza producto de la soledad absoluta. Esta fue la primera enfermedad que existió aún antes de existir el mundo. **Mooma**⁵ se curó de esta enfermedad al crear el universo. El abuelo Oscar enseña como **Mooma Binaima**, el padre celestial, al verse en la absoluta soledad fue poseído por la tristeza y cómo encontró su conjuración creando el universo. "A veces, dice el abuelo, creemos que estamos completamente solos, que no tenemos a nadie, nos agobia la tristeza y nos abandonamos a ella. Pero eso es mentira. No estamos solos. Estamos en el universo. El universo es el regalo que nos dio el padre creador, y nosotros, la gente, somos las mascotas del universo. Nunca estamos solos, **Kai Mo** nos acompaña y nos dio el universo para vivir en él como sus mascotas preferidas. Nosotros las mascotas **Kuyodo**, las guacamayas que alegran el universo con sus colores y alegría. La mujeres son **Kuraya**, loras, por eso ellas alegran el universo con sus colores y alegría. No hay que estar tristes, hay que alegrar el universo. **Kai Mo** nos regaló el universo a las mascotas. Nuestra tarea es cuidarlo con alegría. Esto es lo que llamamos **no dormir**".

4 Kai: "nuestro", Mo "padre", "nuestro padre", designación en lengua uítoto del demiurgo

5 Mooma, otra designación de Kai Mo.

La pereza es la segunda enfermedad: "no hay que ser perezosos y estar durmiendo todo el tiempo. El universo hay que cuidarlo y trabajar por él. Si no trabajamos, si no aprendemos del universo, lo descuidamos y se acaba. Si no trabajamos no tenemos *maloca*, no tenemos comida, no tenemos mujer, no tenemos hijos, no los podemos cuidar y nos enfermamos".

"La pereza no deja aprender del universo. La pereza es otra manera de estar dormidos. Con pereza no hay manera de aprender la sabiduría. Un perezoso se mantiene con rabia porque las cosas no le salen bien. Se la pasa peleando con su mujer, con sus hijos, con los vecinos. La rabia no le da vida tranquila y lo posee la envidia. Alguien con envidia, le desea la misma suerte a los demás y procede a hacerles maleficios. Quien practica el maleficio encuentra la muerte".

El miedo es la quinta enfermedad: "el miedo no deja aprender, no deja experimentar. Quien no experimenta no aprende el saber y no puede cuidar el universo. El miedo atrae la muerte. Cuando nosotros decimos: 'hay que cuidarse' estamos diciendo hay que cuidarse de estas enfermedades".

El combate se activa en uno mismo. Asumir la actitud guerrera es un cuidado de si: cuidarse de las cinco enfermedades primordiales. Combatir consigo mismo. Sin embargo este no es el único aspecto del mundo. Hay otro, que es su complemento, y es tan decisivo como aquel. Se trata de cuatro enemigos que deben derrotarse para sumir la senda del conocimiento. Don Juan Matus, brujo yaqui-tolteca, se los describió a Carlos Castañeda como una cruenta batalla contra las ilusiones complacientes de la identidad, adquiridas en la historia personal y en la satisfacción de haber aprendido algo. El miedo es el primer enemigo que se yergue, para aterrar a quien se inicia en el aprendizaje chamanista: "uno aprende así, poquito a poquito al comienzo, luego más y más. Y sus pensamientos se dan de topetones y se hunden en la nada. Lo que se aprende no es nunca lo que uno creía".

Y así empieza a tener miedo. El conocimiento no es nunca lo que uno espera. Cada paso del aprendizaje es un atolladero, y el miedo que el hombre experimenta empieza a crecer sin misericordia. Su propósito se convierte en un campo de batalla. La regla es no detenerse ante el miedo, no dejarse atrapar por él. En medio del miedo: avanzar, experimentar, continuar hasta sentirse seguro de si. Lograr convertir el aprendizaje en algo que se coloque en el afuera de lo aterrador: "cuando llega ese momento gozoso, el hombre puede decir sin duda que ha vencido

a su primer enemigo natural... Una vez ha conquistado el miedo, está libre de él por el resto de su vida, porque a cambio del miedo ha adquirido la claridad: una claridad de mente que borra el miedo. Para entonces, un hombre conoce sus deseos, sabe cómo satisfacerlos. Puede prever los nuevos pasos del aprendizaje y una claridad nítida lo rodea todo. El hombre siente que nada está oculto... y así ha encontrado a su segundo enemigo: ¡La claridad! Esa claridad de mente, tan difícil de obtener, dispersa el miedo, pero ciega”.

Es la claridad del engreimiento del *sapiens*: la ilusión óptica y mental de que todo es tan claro como el agua. Allí se enraíza el principio de razón suficiente que gesta la confianza y la autocomplacencia, hasta quedar enceguecido por ella. Al afianzarse en ella quedará atrapado por una nueva identidad que lo enmaraña en la torpeza del clarividente: predecir el futuro desde su interpretación subjetiva para actuar y aconsejar en lo fallido. Quien comprenda que su claridad es, “sólo un punto delante de sus ojos” que obnubila, habrá vencido a su segundo enemigo, y llegará a una posición donde nada puede ya dañarlo. Esto no será un error ni tampoco una ilusión. No, será solamente un punto delante de sus ojos.

Este será el verdadero poder... “sabrás entonces que el poder tanto tiempo perseguido es tuyo por fin. Puede hacer con él lo que se le antoje. Su aliado está a sus ordenes. Su deseo es la regla. Ve claro y parejo todo cuanto hay a su alrededor. Pero también ha tropezado con su tercer enemigo el poder”. Al menor descuido una nueva identidad, nefasta, lo captura: la omnipotencia. Incontrolable, inmanejable, caprichosa. Cree que puede hacerlo todo, manejar las fuerzas negativas y usarlas indiscriminadamente contra otros. Pero cuando descubra que se vuelven contra él, será demasiado tarde. “Tiene que desafiar el poder, con toda intención. Tiene que llegar a darse cuenta que el poder que, aparentemente, ha conquistado no es nunca tuyo, la verdad. Debe tenerse a raya a todas horas, manejando con tiento y con fe todo lo que ha aprendido. Si puede ver que, sin control sobre sí mismo, la claridad y el poder son peores que los errores, llegará a un punto en el que todo se domina. Entonces sabrá cómo y cuándo usar su poder. Y así habrá vencido a su tercer enemigo”.

El cuarto enemigo ya ronda para una nueva captura identificatoria. En este recorrido de combate en combate contra la sedentarización del espíritu y la existencia, empieza a brotar por doquier el cansancio, el

agotamiento. Desea, agotado, acostarse a dormir: abandonar el combate, descansar. "El hombre estará para entonces, al fin de la travesía por el camino del conocimiento, y casi sin advertencia tropezará con su último enemigo: ¡la vejez!. Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentar por un instante...Este es el tiempo en que todo un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo en que todo su poder está bajo control, pero también el tiempo en el que se siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último asalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y conocimiento... Pero si el hombre se sacude del cansancio y vive su destino hasta el final, puede entonces ser llamado un hombre de conocimiento, aunque sea tan sólo por esos momentitos en que logre ahuyentar al último enemigo, el enemigo invencible. Esos momentos de claridad, poder y conocimiento son suficientes".⁶

Su potencia así un modo de existencia en el transcurso de guerrear con el yo, de "cuidarse de sí mismo" para no quedar atrapado en ninguna identidad: tristeza, pereza, rabia, envidia, miedo, claridad, poder, vejez. Afecciones de la existencia que pueden transcribirse bajo una bella apariencia para representar un drama irónico atrapado en la memoria de una historia personal.

En el transcurso de guerrear en el "cuidado de sí", se potencia vivir en el instante presente para permanecer en un presente infinito en el que no cuenta el pasado, en el que no existe el porvenir futuro porque el porvenir ya está presente. Es el transcurso agónico de lo trágico en el que se danza abrazado a la muerte, en el encanto de la crueldad: "apetito de vida" para transformar "los planes de lo creado" (Artaud).

En el transcurso de guerrear en el "cuidado de sí" se potencia el vivir para devenir en multiplicidad, para devenir en lo imposible. Activa los acontecimientos del vivir para hacer resonar los enunciados plenos de humor: "El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una

⁶ Carlos Castañeda. Las enseñanzas de Don Juan (1968), p.108-112. Traducción del inglés por Juan Tovar. México: F.C.E., 1974.

obra de arte"⁷. Este es el humor de la carcajada filosófica de una salud mayor, de la gran salud adquirida al combatir las enfermedades y los enemigos que afectan la existencia.

La estética del vivir chamanista, es el modo de existencia que abjura del conocerse a si mismo atrapado en la desentarrización de las enfermedades y los enemigos del vivir, del saber, del conocimiento. Guerrear es combatir la atadura a los límites de la propia naturaleza. Los límites que atan y sedentarizan a una identidad enemiga y enfermiza de la vida. Amar la vida es nomadizarla más allá de sus límites, en los que se gestan el drama y la ironía de la identidad y de la historia personal, en el espacio y el tiempo de la memoria logocéntrica de la bella apariencia. El gran humor es lo trágico y cruel de su conjura.

El "conocete a ti mismo" se reconoce como drama irónico en la medida que postula una moral limitada al consenso del deber-ser: representar un guión establecido por los directores de conciencia, para que el actuar sea reducido a la enunciación de la norma que adormece el cuerpo y sus potencias, a lo aceptable de un alma bella. La vida de cada uno, no es ya un "cuídate a ti mismo". Es más bien complácete en representar el papel que te corresponde del gran texto dramático que la moral y la cultura han trazado para ti, como copia de una naturaleza estable.

La crueldad trágica es la fuerza y potencia que se burla de la complacencia. Activa la aventura más descarnada: el sacrificio, la víctima propiciatoria es la complacencia del yo, de la norma cultural. El yo es la identidad que se construye a partir de representar la norma, del hábito del culto al consenso. La crueldad es la potencia destructora de la organicidad de la costumbre. Lo trágico es la danza del cuerpo que enuncia con sus actos las posibilidades de un cuerpo sin órganos. Los órganos están engramados al consenso, se complacen en él. Se consumen en la complacencia del dormir en el hábito y la costumbre. Un organismo configurado así, cuando reflexiona, concluye por aceptarse en esos límites y se complace en el padecimiento de las enfermedades y los enemigos de la existencia. La crueldad trágica no será aceptarlos con ironía para convivirlos y alimentarlos. La crueldad trágica consistirá en observarlos con humor y conjurarlos. ♦

7 Federico Nietzsche. El nacimiento de la tragedia 1, p. 45